

El cuervo



No. 85302

Londres. Lunes, 9 de marzo de 1807

Precio 6 chelines

EXTRAORDINARIOS SUCESOS EN YORK: LLAMAMIENTO A LOS AMIGOS DE LA MAGIA INGLESA

Este diario ha tenido noticia exclusiva de un extraordinario suceso acontecido hace dos semanas en York. Según el caballero John Secundus, la práctica de la magia, desaparecida durante siglos, ha vuelto a Inglaterra. A la espera de la confirmación de estos hechos, nos atrevemos a predecir consecuencias fabulosas. Deseamos sinceramente que cunda el ejemplo del señor Norrell, que inspire a otros magos y asistamos al resurgir de la magia, a la mayor gloria de nuestra nación.

«Abandonamos la catedral de York convencidos de que habíamos contemplado una magia sólo comparable a la de los tiempos de Martin Pale, Ralph Stokesey y el Rey Cuervo.»

LA SOCIEDAD DE MAGOS DE YORK

— Del capítulo 1 —

Hace años, había en la ciudad de York una sociedad de magos. Los socios se reunían el tercer miércoles del mes y se leían unos a otros largos y aburridos trabajos sobre la historia de la magia en Inglaterra.

Eran magos y caballeros, lo que significa que a nadie habían causado mal con la magia, como tampoco bien. A decir verdad, ninguno de ellos había obrado hechizo alguno, hecho temblar una hoja de un árbol, inducido a una mota de polvo a modificar su trayectoria ni movido un cabello de la cabeza de alguien. Pero, con esta pequeña reserva, tenían fama de ser los hombres más sabios y los caballeros más mágicos de Yorkshire.

Un mago eminente dijo de su profesión que sus practicantes «... han de estrujarse el cerebro para adquirir hasta el conocimiento más insignificante, y muestran siempre una natural inclinación a la polémica», y hacía años que los magos de York habían demostrado la exactitud del aserto.

EL SEÑOR NORRELL

— Del capítulo 4 —

Contempla, lector, a un hombre que, día tras día, se encierra en su biblioteca. Es un hombre bajo, sin atractivo personal. Encima de la mesa, ante sí, tiene un libro, y al alcance de la mano, una buena provisión de plumas nuevas, un cortaplumas, tinta, cuartillas, cuadernos... La chimenea está siempre encendida: el hombre es friolero, no puede estar sin fuego. La habitación varía según la estación; él sigue siempre igual. Tres altas ventanas se abren a un panorama de campiña inglesa, plácido en primavera, risueño en verano, melancólico en otoño y sombrío en invierno: como debe ser un paisaje inglés. Pero no atrae su interés el cambio de

estación; él no levanta los ojos del libro. Hace ejercicio como todo caballero: con tiempo seco, da un largo paseo cruzando el parque y bordeando un bosquecillo; cuando llueve, acorta el recorrido y no sale del jardín. Pero sabe muy poco del jardín, del parque o el bosque. El libro lo aguarda en la mesa de la biblioteca; aún desfilan por su vista las líneas impresas y discurren por su mente los argumentos del autor cuando ya le hormiguea en los dedos el deseo de sentir de nuevo el tacto del papel. Se reúne con sus vecinos dos o tres veces cada trimestre, pues no en vano estamos en Inglaterra, país en que los vecinos nunca consienten que un hombre viva alejado de la sociedad, por adusto que sea su carácter y avinagrada su cara. Le hacen visitas, dejan su tarjeta a los criados y lo invitan a cenas y bailes. En principio, sus intenciones son generosas (pues creen que estar siempre solo es malo para el hombre), pero también sienten curiosidad por ver si él ha cambiado desde la última vez que lo vieron, por poco que sea. Y no ha cambiado. No tiene nada que decirles; se lo considera el individuo más aburrido de todo Yorkshire.

No obstante, en el árido corazoncito del señor Norrell alentaba una ambición, la de volver a llevar la magia a Inglaterra, y era una ambición tan viva que hubiese merecido el aplauso hasta del mismo señor Honeyfoot. Y en esos instantes, con objeto de cumplir ese propósito largamente acariciado, se disponía a trasladarse a Londres.

Childermass afirmaba que el momento era propicio, y Childermass conocía el mundo. Conocía los juegos que entretienen a los niños en la calle, juegos que los adultos han olvidado hace tiempo. Sabía lo que piensan los ancianos junto a la chimenea, pese a que hace años que nadie les pregunta. Sabía tanto lo que escuchan los jóvenes en el redoble del tambor y los trinos de la gaita, que los impulsa a abandonar el hogar para hacerse soldados, como la media jícara de gloria y el tonel de sufrimientos que los aguardan. A Childermass le bastaba con mirar al elegante abogado con que se cruzaba en la calle para saber lo que llevaba en los bolsillos del faldón del frac. Y todo lo que sabía lo hacía sonreír, y algunas cosas, reír a carcajadas; y nada de lo que sabía le merecía ni medio penique de compasión. Así pues, cuando le dijo a su amo: «Vaya a Londres, señor. Vaya ahora», Norrell le hizo caso.

«—¿Yo? —preguntó Norrell, sorprendido—. ¡Yo soy el mago más grande de mi tiempo!
El caballero alzo una exquisita ceja en señal de sorpresa. Andando despacio, dio una vuelta en torno a Norrell, contemplándolo desde todos los ángulos. Entonces, para mayor desconcierto del mago, le levantó la peluca y miró debajo, como si fuese un puchero y quisiera averiguar qué había de cena.»

EL CABALLERO DE PELO COMO EL VILANO DEL CARDO

— Del capítulo 8 —

En el centro de la estancia se erguía ahora una figura alta, de bellas facciones, tez pura y una gran mata de pelo claro, reluciente y similar al vilano del cardo. Los ojos le brillaban, fríos y azules, y tenía largas cejas oscuras de puntas retorcidas. Vestía exactamente igual que cualquier caballero, pero su chaqueta era del verde más intenso que cabe imaginar, el de las hojas a comienzos del verano.

—*O Lar!* —empezó Norrell con voz trémula—. *O Lar! Magnum opus est mihi tuo auxilio. Haec virgo mortua est et familia eius eam ad vitam redire vult.* —Señaló la figura que yacía en la cama.

Al ver a la señorita Wintertowne, el caballero de pelo plateado dio señales de gran agitación. Abrió las manos en ademán de jubilosa sorpresa y se puso a hablar en latín velozmente. Norrell, más acostumbrado a leer el latín manuscrito o impreso en los libros, descubrió que no era capaz de entenderlo pronunciado con tanta rapidez, aunque reconoció alguna que otra palabra como *formosa* y *venusta*, que se utilizan para describir la hermosura femenina. Esperó a que se calmara el éxtasis del caballero y entonces dirigió la atención de éste al espejo colgado sobre la repisa de la chimenea. Allí apareció la imagen de la señorita Wintertowne, caminando por un sendero estrecho y pedregoso en un paisaje de sombrías montañas.

—*Ecce mortua inter terram et caelum!* —declamó—. *Scito igitur, O Lar, me ad hanc magnam operam te elegisse quia...*

—¡Sí, sí! —exclamó el caballero, prescindiendo del latín—. Me has invocado a mí porque sabes que mi genio para la magia es muy superior al del resto de los de mi raza. Porque yo fui servidor y confidente de Thomas Godbless, Ralph Stokesey, Martin Pale y el Rey Cuervo. ¡Porque soy valiente, caballeroso, generoso y tan bello como la aurora! ¡Está claro! Hubiera sido una locura invocar a otro. Los dos sabemos quién soy yo. La cuestión es: ¿quién diantres eres tú?

—¿Yo? —preguntó Norrell, sorprendido—. ¡Yo soy el mago más grande de mi tiempo!

El caballero alzo una exquisita ceja en señal de sorpresa. Andando despacio, dio una vuelta en torno a Norrell, contemplándolo desde todos los ángulos. Entonces, para mayor desconcierto del mago, le levantó la peluca y miró debajo, como si fuese un puchero y quisiera averiguar qué había de cena.

—¡Yo... yo soy el que ha de traer de nuevo la magia a Inglaterra!
—barbotó Norrell, agarrando la peluca y encasquetándose la un poco torcida.

—Eso es evidente.



UNA PROFECÍA

Dos magos aparecerán en Inglaterra.

El primero me temerá; el segundo deseará contemplarme.

El primero estará gobernado por ladrones y asesinos;

el segundo conspirará para su propia destrucción.

El primero enterrará su corazón en un oscuro bosque, bajo la nieve, y aun así sentirá dolor;

el segundo verá su posesión más preciada en manos de su enemigo.

El primero pasará su vida solo; él será su propio carcelero;

el segundo andará caminos solitarios, con la tormenta sobre su cabeza, en busca de una torre oscura sobre una alta colina.

Yo estoy sentado en un negro trono en las sombras, pero ellos no me verán.

La lluvia me abrirá una puerta y yo la cruzaré;

las piedras harán un trono para mí y yo me sentaré en él.

El esclavo sin nombre ceñirá corona de plata.

El esclavo sin nombre será rey de un país extraño.

LORD WELLINGTON Y LA GUERRA EN LA PENÍNSULA

— Del capítulo 31 —

A principios del verano de 1813 realizó un conjuro como no se había hecho desde los días del Rey Cuervo: cambió de sitio un río. Las cosas ocurrieron así: aquel verano, la guerra marchaba bien y todo lo que hacía lord Wellington tenía éxito. No obstante, sucedió que cierta mañana de junio, los franceses, por primera vez en mucho tiempo, se encontraban en una posición ventajosa. Milord se reunió con sus generales para discutir las medidas a fin de remediar tan poco halagüeña situación. Strange fue llamado a la tienda de lord Wellington, donde encontró a la plana mayor reunida alrededor de una mesa sobre la que había un gran mapa extendido.

Milord, que aquel verano estaba de un humor excelente, saludó al mago casi con afecto.

—¡Ah, Merlín, adelante! ¡Éste es el problema! Nosotros estamos a este lado del río y los franceses al otro, y sería mucho mejor que se invirtieran las posiciones.

Un general explicó que si el ejército marchaba hacia el oeste hasta aquí, si construía un puente aquí y si atacaban a los franceses aquí...

—¡Llevaría demasiado tiempo! —declaró Wellington—.

¡Demasiado tiempo! Merlín, ¿no podría hacer que al ejército le crecieran alas para que volase por encima de los franceses? ¿Sería posible? —Quizá hablara medio en broma, pero sólo medio—.

Se trata, simplemente, de dar a cada hombre un par de alitas.

Tomemos al capitán Macpherson, por ejemplo —dijo, mirando a un escocés enorme—. Me gustaría verlo revolotear por ahí.

Strange miró a Macpherson con aire pensativo.

—No, milord —respondió al fin—, pero le agradecería que me prestara al capitán y el mapa durante un par de horas.

Strange y Macpherson estudiaron el mapa concienzudamente,

—¿Puede un mago matar a un hombre por arte de magia? —le preguntó lord Wellington a Strange.

Éste frunció el entrecejo. Pareció que no le gustaba la pregunta.

—Supongo que un mago podría —admitió—; pero un caballero, jamás.

y luego el mago volvió a presentarse ante Wellington y le dijo que se tardaría mucho tiempo en dotar de alas a todos los hombres del ejército, pero que sería cuestión de un momento mover el río, si él lo creía conveniente.

—Aquí el río fluye hacia el sur y aquí gira hacia el norte. Si, por el contrario, aquí fuera hacia el norte y aquí girase hacia el sur, nosotros estaríamos en la orilla norte y los franceses en la orilla sur. —¡Oh! —dijo milord—. Muy bien.

La nueva situación del río desconcertó de tal modo a los franceses que varias compañías, cuando recibieron órdenes de dirigirse hacia el norte, fueron en la dirección opuesta, convencidas de que, teniendo el río a sus espaldas, iban hacia el norte. Nunca se volvió a saber de aquellas compañías y se dio por seguro que habían sido aniquiladas por los guerrilleros.

Lord Wellington comentó después jovialmente, hablando con el general Picton, que no había nada tan fatigoso para los hombres y los caballos como tener que marchar sin cesar, y creía preferible que, en adelante, se quedaran quietos, mientras el señor Strange movía España bajo sus pies como si fuera una alfombra.

Entretanto, la alarma empezaba a cundir en las Cortes de Cádiz, que temían no reconocer a su país cuando finalmente lo recuperaran de los franceses, y presentaron una queja al ministro de Asuntos Exteriores británico (una prueba de ingratitud, en opinión de muchos). El ministro convenció a Strange de que escribiera a las Cortes una carta con la promesa de que, después de la guerra, volvería a poner el río en su sitio y también «cualesquiera otras cosas que lord Wellington necesite desplazar en el curso de la guerra». Entre las muchas cosas que Strange movió había un olivar y un pinar en Navarra, la ciudad de Pamplona y dos iglesias de la ciudad de Saint Jean de Luz, en Francia.

LA BATALLA DE WATERLOO

— Del capítulo 40 —

—Su excelencia ya ha elegido el campo de batalla, y los prusianos se reunirán allí con nosotros. Un lugar llamado Waterloo.

—¿Waterloo? ¡Qué nombre tan raro y ridículo!

—Sí que es raro. No he conseguido encontrarlo en el mapa.

—¡Oh, eso ocurría continuamente en España! Es probable que quien se lo ha dicho no haya oído bien el nombre. Waterloo: puede estar seguro de que tal lugar no existe.

Poco después de mediodía los dos hombres montaron a caballo, y se disponían a salir del pueblo en pos del ejército cuando llegó un mensaje de Wellington: se acercaba una división de lanceros franceses. ¿Podía el señor Strange ponerles algún obstáculo? Éste, deseoso de evitar una nueva acusación de hacer magia de feria, consultó a Hadley-Bright.

—¿Qué es lo que más odia la caballería?

Hadley-Bright reflexionó

—El barro —dijo.

—¿El barro? ¿En serio? Sí, tiene razón. ¡Bien, pocas cosas hay tan sencillas como la magia de los fenómenos meteorológicos!

El cielo se oscureció. Apareció un negro nubarrón de tormenta, tan grande como toda Bélgica, y tan bajo que sus desflecados faldones parecían rozar las copas de los árboles. Hubo un relámpago que por un instante pintó el mundo de un blanco hueso. Sonó un crujido ensordecedor y al momento caía una lluvia torrencial que hacía hervir y gorgotear la tierra. A los pocos minutos, los campos de alrededor se habían convertido en un lodazal. Los lanceros franceses no pudieron entregarse a su deporte favorito de cabalgar con ligereza y soltura, y la retaguardia de Wellington consiguió escapar.

Al cabo de una hora, Strange y Hadley-Bright se llevaron una sorpresa al descubrir que, efectivamente, existía un lugar llamado Waterloo y que habían llegado a él. El duque, montado en su caballo bajo la lluvia, contemplaba muy complacido a los sucios hombres, caballos y carros.

—¡Un barro excelente, Merlín! —gritó alegre—. Pegajoso y resbaladizo. A los franceses no les habrá gustado nada. ¡Más lluvia, por favor! Bien, ¿ve ese árbol en lo alto de la cuesta?

—¿El olmo, excelencia?

—El mismo. Le agradeceré que mañana, durante la batalla, se mantenga ahí. Yo también estaré, aunque probablemente no pueda permanecer mucho tiempo. Mis muchachos le llevarán mis instrucciones.

Aquella noche, las divisiones del ejército aliado tomaron posiciones a lo largo de una loma, al sur de Waterloo. El trueno retumbaba sobre sus cabezas y llovía a mares. De vez en cuando se acercaban al olmo delegaciones de hombres cubiertos de barro, a rogar a Strange que detuviera aquel diluvio, pero él se limitaba a negar con la cabeza diciendo:

—Cuando el duque me diga que pare, parará.

Pero los veteranos de la guerra de la Península afirmaban en tono de aprobación que, en tiempo de guerra, la lluvia siempre había sido amiga de los ingleses, y les decían a sus camaradas:

—Para nosotros no hay nada más reconfortante y familiar, mientras que para otros es un obstáculo. Llovió las noches anteriores a Fuentes, Salamanca y Vitoria. —Eran los nombres de algunas de las grandes victorias conseguidas por Wellington en la Península.

Un rayo del último sol de la tarde iluminó a Wellington.

A lo largo de la loma, los rostros se volvieron hacia él. Crecieron las aclamaciones.

—¡Ajá! —exclamó Strange—. Éste es un buen uso para la magia inglesa.



Otoño de 2005

Vuelve la magia inglesa



Una de las novelas
más brillantes y originales
de los últimos tiempos
